

(Núm. 69.)



CANCION NUEVA

DEL

GERINELDO,

en la que se expresan los amores y fuga de un oficial ruso con la bella Enilda, sultana favorita del Gran Señor.

Se hallaba en Constantinopla
un jóven ruso lucido,
al servicio del Sultan,
siendo de todos querido.
Gerineldo se llamaba
este oficial distinguido,
y por su heróico valer
logró el nombre de aguerrido.

El gran Señor le tenia
un afecto decidido,
estando ya tan prendado
de su gallardía y brio,
que para mas demostrarlo
le confirió el gran destino
de capitán de su guardia,
y secretario efectivo.

Con todos estos honores
estaba muy complacido,
hasta que vino á turbarlo
el rapaz, niño Cupido;
pues viendo á la hermosa Enildas,
que era en belleza un prodigio,
la Sultana favorita
del gran Sultan, quedó herido.

Una hermosa mañana
de Mayo alegre y florido,
por el jardín paseaba
Gerineldo pensativo;
á poco que habia andado
se encontró con el hechizo
atractivo de su amor,
y de esta suerte la dijo:

—Tu belleza, gran señora,
me tiene de amor rendido,
y mi pecho os adora
con el mas fino cariño;
pero no porque os ame,
como os declaro atrevido,
se ofenda vuestra hermosura,
dejándome en el olvido.

—Gerineldo, Gerineldo,
Gerineldito querido;
bien conozco que el amor
te ha hecho tan atrevido;
mas no creas que por eso
caigas jamás en olvido
de quien tiernamente te ama
hace tiempo sin decirlo.

—Bella Enildas, tu respuesta
me ha dejado sumergido
en un mar de pensamientos,
sin lograr seguro asilo;
pues noto la diferencia
que va de tu culto al mio,
y no abandono mi ley
por tu amor, ni mi destino.

—No desmayes, Gerineldo,

que amor todo lo ha vencido;
estoy de tí enamorado,
y esto basta, dueño mio;
pero has de ser reservado
á cuanto ahora te digo;
hablarte esta noche quiero
en este jardín sombrío.

—Verdad es de que amor vence,
pues tiene gran poderío,
y expondré hasta mi existencia
si tal fortuna consigo:
mas siendo criado vuestro
creo que es burlais conmigo.
¿A qué hora de la noche
cumplireis lo prometido?

—Entre las doce y la una,
que estará el Sultan dormido;
para tal hora te espero,
que vendrás bien prevenido:
tres vueltas da á su palacio,
pero siempre con sigilo,
las botas lleva en la mano,
y no serás de él sentido.

Eternas fueron las horas
para el amante rendido:
deseando por instantes
verse con su amor unido:
cumplió fielmente la cita,
resuelto, animoso y fino,
y entró al cuarto de la dama
sin ser de nadie sentido.

El Sultan quiere vestirse,
mas no encuentra su vestido;
que llamen á Gerineldo,
que es su oficial mas querido:
unos dicen que no estaba,
otros que no habia venido,
y el Gran Señor receloso,
se levantó comediado.

Al saberlo Gerineldo,
se quedó despavorido,

todo confuso y turbado,
creyéndose ya perdido.
la sultana lo animaba,
y él respondió afligido:
¿á dónde iré, mi hermosura!
¿á dónde me iré, Dios mío!

—No te aflijas, Gerineldo,
que siempre estaré contigo;
márchate por el jardín,
que luego al punto te sigo:
obedeció á la sultana,
haciendo lo que le dijo,
y el Sultan que está en acecho
se hizo el encontradizo.

—¿A dónde vas, Gerineldo?
¿cómo estás tan pensativo?

—Recorriendo aquestas matas
por ver si han florecido;
y una rosa muy fragante
el calor me la ha comido.

—Mientes, mientes, Gerineldo,
como villano atrevido.

Estando en esto el Sultan

un gran pliego ha recibido,
ábrelo y en el instante
todo el color ha perdido.

—Que prendan á Gerineldo,
y encierren en un castillo:
marchando determinado
á cumplir lo contenido.

Entonces la hermosa Enidas,
acude á aquel mismo sitio,
infórmase muy en breve,
y conociendo el peligro,
sin esperar á que vuelva
el Sultan enfurecido,
salta la verja ligera,
guiada del ciego niño.

Fúgase á la gran Tartaria
con su amante y fiel amigo,
en dos fogosos caballos,
mudando traje y vestido,
y con las joyas que lleva
en un rico cofrecillo,
una vida regalada
á su dueño ha prometido.

EL PILLUELO DE MADRID.

Huérfano soy en la tierra
y por eso no suspiro,
que independiente respiro
y el mundo á mí no me aterra.

Libre soy, y mis hermanos
han de ser todos los hombres.
Nada me importan los nombres
de marqueses ni villanos.

Yo nací del pueblo bajo
y de la gente villana,
y aunque soy de la canalla
vivo á costa del trabajo.

Soy de la gente perdida,
como dicen los señores,
de los que á fuer de sudores

se ganan la honrada vida.

Yo entre las turbas paseo
del barrio de la Paloma,
tras un belén otra broma,
tras un baile otro jaleo,
y viva siempre el bureo.

Yo me voy á la Pradera
entre perfumadas flores,
á gozar de los amores
de una mujer hechicera.

Que es de Madrid la esmeralda
con su airosa mantellina,
con su cintura divina,
pié chiquito y corta falda.

Mas que un palacio explendeate

me gusta á mi una merienda
en el Canal con mi prenda,
de Madrid sol refulgente.

Allí se baila y se goza,
y olvidan lances aciagos;
y calientes con los tragos
se juguetea y retoza.

A los que escucheis decir

que esta mi cancion les carga,
son de la cáscara amarga;
¡que la traguen!... y á vivir.

Que poco le importa al Pille
de tirana y negra gente:
siempre dice lo que siente;
la verdad es su estrivillo,
y con esto me las guillo.

CANCION DEL ARENERO.

Del mundo en el arenal
me encontré una Margarita;
rico me hace su caudal,
mas la libertad me quita.

¡Ay morena!
pe San Isidro arena,
¡Ay salero!
¿quién llama al arenero?

A quintales desparrama
sabrosa sal española,
de placer el alma inflama
la gracia de mi manola.

¡Ay morena! etc.

Dos soles son sus dos ojos,
dos manzanas sus mejillas;
¿á quién no causan antojos
sus soberbias pantorrillas?

¡Ay morena! etc.

Es la gala de Madrid
y do pisan nacen flores,
¿qué es de extrañar, si es pensil
en que nacen los amores?

¡Ay morena! etc.

Cuando baja al Manzanares
las aguas su gracia admirán,
y por oír sus cantares
silenciosas se retiran.

¡Ay morena! etc.

El amor en tiernos lazos
me ha de unir con mi gachona:
¡ay del día que en sus brazos

me acaricie, la bribona!
¡Ay morena! etc.

Si rey me pudiera ver,
perdiendo al dueño que quiero,
volvería á descender
á la clase de arenero.

¡Ay morena! etc.

Mas vale su blanca mano
que un trono, cetro y corona,
que esto es fausto y lujo vano,
y es un ángel mi monona.

¡Ay morena! etc.

Sin ella la dicha es muerte,
por ella la gloria es poco,
¿quién no envidiará mi suerte
aunque por ella estoy loco?

¡Ay morena! etc.

Aquella sal madrileña
vale mas que el mundo entero
cuando canta una rondeña
haciendo hablar al pandero.

¡Ay morena! etc.

Por ganarla un panecillo
pregonero soy de arena;
mas si la vende algun pillo
Dios se la depare buena.

¡Ay morena! etc.

Aunque me ves con la espuerta
centinela soy de amor,
vigilante y siempre alerta
respetar haré mi honor.

¡Ay morena! etc.

MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11.